



## Real Museo de Madrid.

Después de haber dado la descripción exterior de este grande edificio, llega naturalmente la ocasión de hablar de las muchas riquezas artísticas que contiene. — Nadie ignora, que á la munificencia de nuestro difunto monarca el Sr. Don Fernando VII se debe la reunion en este punto de tantos preciosos cuadros y estatuas, que antes estaban esparcidos en los numerosos palacios de nuestros reyes, sin que pudieran gozar de su vista los aficionados, ni servir de modelo á la estudiosa juventud que sigue con incansable anhelo las huellas de Velazquez y Berruguete. — Muchas riquezas pueden introducirse todavia en este santuario de las artes; y no podemos persuadirnos á que nuestra amada Reina Cristina, que tanto las ama y con tanto esplendor las cultiva, deje de terminar la obra que empezó su augusto esposo, elevando el Museo de Madrid al mas alto grado de prosperidad posible.

Cumpliendo, pues, la promesa que hicimos en el 5.º número del *Artista*, de completar la descripción del Museo, dando á conocer detalladamente cada una de las principales obras que contiene, empezaremos por la descripción del admirable cuadro de

### La Rendicion de Breda.

Fortuna es en verdad para la escuela Española, que el presente cuadro, acaso el mas sobresaliente de ella, represente una muy señalada hazaña de nuestros mayores. La rendicion de Bredá, en los Países Bajos, plaza tenida por inespugnable, así como dió fama á nuestras tropas, y especialmente al marqués de Espínola que las mandaba, así tambien dió materia para que la poesía y la pintura la eternizasen en la memoria de los hombres. Celebróla Calderon en un poema dramático, y la perpetuaron en el lienzo José Leonardo, pintor aragonés, y D. Diego Velazquez de Silva. Ambos

cuadros se hallan actualmente en el Real Musco de Madrid.

La plaza de Breda, sita en la provincia de Brabante, casi en medio de Bolduque, Ambéres, Husden, Rosendal, Bergas-op-Zopon y Gertrudem-berga, bañada de los rios Merca y Aa, en campo ameno y rodeada de selvas y prados, tenia una milla de circuito y edificios soberbios; defendiala numerosa y valiente guarnicion, muy provista y confiada en lo fuerte de los muros, en sus defensas naturales y en los socorros del ejército de Nassau. Por orden del marqués de Espinola, tomaron puestos con sus divisiones delante de esta plaza, á los 35 años de perdida, D. Francisco de Medina y Paulo Ballon, en 28 de agosto de 1624, y en 5 de setiembre se reunió á ellos el mismo Espínola con el grueso del ejército. Era á la sazón gobernador de Breda, Justino de Nassau, hermano de Mauricio, quien dió todas las disposiciones convenientes para sostener y prolongar el sitio, mientras destacaba tropas que incomodasen á las nuestras, protegidas por los jardines y arboledas del contorno.

Después de un sitio tan largo como penoso, se rindió por último Bredá con condiciones tan honoríficas cuanto debidas á su esfuerzo y valor; en 2 de junio se firmó la capitulacion y en 5 salió de ella la guarnicion con todos los honores de la guerra; y el marqués, acompañado de otros insignes generales, recibió á Justino y á su comitiva con agasajo, alabando su denuedo y constancia. Otra no menos decorosa capitulacion se hizo á pocos dias con los magistrados y pueblo. La infanta, gobernadora á la sazón de los Países-Bajos, voló al instante al campo, proveyó inmediatamente la ciudad, tomó providencias para atajar la peste, y entró triunfante con Espínola y demas gefes por la puerta de Agen, donde se puso esta inscripcion:

PHILIPPVS HISPANIÆ REX

GVERNANTE ISABELLA CLARA EVGENIA

OBSIDENTE SPINO LA

HOSTIBVS FRVSTRA IN SVPPETIAS CONIVRANTIBVS

BREDA

VICTOR POTITVR.

Escogió Velazquez, para representar este suce-



so, el momento en que el gobernador entrega las llaves de la plaza al marques; y en esta escena, para interesar al espectador con mas nobleza y finura que lo hizo Leonardo, quien no reparó en humillar al vencido, pintándole doblada la rodilla y puesto el sombrero en tierra al hacer la entrega, dejando al vencedor á caballo, hace que Justino, conservando el sombrero en la izquierda al presentar en la derecha la llave al general español, se incline algun tanto, lo cual basta para indicar el respeto á quien le imponia la ley. Mientras tanto Espínola, asido igualmente el chapeo y baston con la izquierda, sin disimular del todo su complacencia por la victoria, pone la derecha cariñosamente en los hombros del vencido con tal expresion, que parece le oimos decir las palabras que le atribuye Calderon. --

»..... Conozco que valiente

» Sois : que el valor del vencido

» Hace famoso al que vence.

Algun tanto hácia la espalda estan los demas generales todos asimismo á pie, retratados del natural, con rostros no menos alegres que graves, reuniendo el júbilo producido por el suceso con el aprecio debido al esfuerzo del contrario. Entre la comitiva se incluyó el propio autor, ó por la parte que en su ánimo tomaba como buen español en nuestras glorias militares, ó como presagio de la inmortalidad que le aseguraba esta obra. Al lado opuesto está la escolta de Justino compuesta de flamencos, cuyas facciones y aire nacional están tan bien transmitidos, que se conoce fueron pintados á vista de naturales de aquel pais. En medio, á cierta distancia, se vé el campamento y el ejército; mas lejos, la plaza, las líneas de ataque y el campo con bosque. Espínola lleva armadura negra claveteada de oro, valona de encaje, banda rosada, manoplas, botas de piel de su color natural, chapeo negro con pluma blanca; el gobernador, colete y gregüescos finos de color de avellana con adornos dorados y negros, valona de encaje, banda anaranjada, botas como las del otro, chapeo negro con pluma del color de la banda. Velazquez se puso á sí mismo capa y sombrero cenicientos,

valona y pluma blancas, botas de color natural.-- Esto en suma representa el cuadro; pero si procedemos á examinarle atentamente hallaremos materia no solo para la alabanza, sino tambien para la admiracion. Dibujo correcto, movimiento y alma, actitudes naturales, contraste y buena distribucion en los grupos, armonía en las líneas, expresion y verdad característica en los semblantes, nobleza y decoro, variedad en la manera de concurrir todos á una misma accion. Para evitar la monotonía de los grupos, retiró un poco el de los españoles, interponiendo en él al sesgo las banderas, y poniendo vuelto de espaldas hácia el espectador el caballo del general en gefe. Los objetos están bien destacados, ya por la exacta degradacion de las luces, ya por la diversidad de las tintas, á lo que tambien contribuye no poco la rotura ó hueco de en medio, por donde se divisa bañado de luz el ejército. Mágica ciertamente podemos llamar la ejecucion en el colorido y en el claro-oscuro, pues nada de cuanto se diga basta para conocer la ilusion que causa la vista de este excelente cuadro. El colorido, compuesto de tintas robustas y jugosas, es al mismo tiempo fino y delicado; las carnes mas ó menos sanguíneas, pintadas con mucha diversidad, unas blancas, otras tostadas, otras biliosas, todas transparentes, sin haber dos de un color y sin que las oscurezcan los paños á pesar de su riqueza. La perspectiva está tan bien entendida, que quien vea de cerca pinceladas esparcidas como por descuido, no podrá imaginar que á distancia competente aparecen muy bien concluidas, ni quien note un campo todo de borrones podrá pensar que á lo lejos admirará aguas, árboles, humo, nubes, terrenos, denotados con sumo primor. ¡Con cuánta naturalidad y gracia va el juego de luz ondeando y enlazándose, y formando masas ya mayores, ya menores de un extremo á otro del cuadro para embellezar agradablemente á quien le mira! Comienza en el primer término y pasa desde la cara, sombrero y pluma de un flamenco al rostro, valona y mano del que le sigue, á la valona y colete de otro, y casi sin interrupcion al vestido blanco de otro algo mas retirado, subiendo un poco á la frente del caballo, que por esta causa sin duda bebe



en blanco. De aquí procede á la valona y puño del gobernador, y se aleja hácia el centro derramándose por el ejército y terreno, desde donde vuelve al termino anterior, y por el rostro, valona y banda de Espinola camina aclarando las de otros personajes, y toma luego hácia arriba en direccion oblicua por las banderas. Para concluir, baja por Velazquez y retrocede por los cabos blancos del caballo, que destaca maravillosamente con una gran masa oscura producida por el color castaño del pelo, y el negro de la clin y cola. Con las masas claras de que se ha hablado comunican por todas partes, é indican con mucha verdad el aire interpuesto, ráfagas de luz mas ó menos visibles.

Es en suma este cuadro, verdadero prodigio del arte, el mejor de cuantos en su tiempo se pintaron en Europa, y una de las mas preciosas joyas que contiene nuestro Museo de Madrid. Sus dimensiones son 13 pies y 3 pulgadas de ancho, y 11 pies de alto.

Hemos tomado esta noticia de la excelente descripción hecha por D. José Musso y Valiente, que acompaña á la hermosa estampa litográfica de la *Rendicion de Breda*, publicada en la coleccion de cuadros del Real Museo de Madrid que da á luz el pintor de Cámara D. José de Madrazo.

---

#### COMUNICADO.

---

SRES. REDACTORES DEL ARTISTA.

Muy señores míos: He leído con mucho gusto los discursos de literatura de su apreciable periódico, en los cuales hacen Vds. acerca de las reglas unas reflexiones muy prudentes, de las cuales se infiere que tan malo puede ser el extremo de despreciarlas, como el de seguir las con tanto rigor que impidan al profesor el ampliar la fecundidad de su imaginacion: y en apoyo de esta verdad, manifestaré á Vds. algunas observaciones mías, acerca de las reglas que se siguen en el modo de representar la luz y las sombras en los objetos, segun se nos presentan á la vista, para animarlos á

que nos instruyan de los conocimientos que tienen en el uso de ellas, y de la prudencia con que se han de usar todas las demas que hay en las bellas artes.

Tengo observado que, por falta de reglas en la hipótesis que se sigue de que la direccion de la luz sea de tal inclinacion, que se proyecte en los planos vertical y horizontal, por una línea de 45.º para los diseños geométricos, en cuyo caso los vuelos de las partes salientes de un objeto, causan en las superficies verticales un esbatimento igual á la salida del mismo cuerpo que la ocasiona, sucede que con la facilidad con que entienden los jóvenes las primeras lecciones que se les dan del trazado de sombras, haciendoles usar de esta clase de fórmula sin explicarles bien de donde proviene, no cuidan despues de aprender las reglas para poder representar los objetos iluminados en las diferentes inclinaciones en que los hiere la luz, cuyas proyecciones no sean representadas por líneas de 45º sobre los planos; y de aqui proviene igualmente el que lleguen al grado de profesores, ignorando como trazarian en un edificio de planta octogonal, por ejemplo, el esbatimento que produciria la cornisa en la fachada que estuviese de frente á la luz, en el supuesto de estar ésta y las otras fachadas en la hipótesis adoptada; pues no hará aquella la misma sombra sobre el plano vertical de la fachada á que corresponde, que su vuelo; á causa de que en este caso será mas corto el esbatimento que la salida de la cornisa, descendiendo luego que saliera de su fachada por la que estaria de frente al espectador hasta encontrar el esbatimento de ésta.

Tambien ignoran como se trazan las sombras en los cuerpos circulares, los esbatimentos que se manifiestan en los cortes, y en otros muchos casos que, aunque la luz obre segun la hipótesis que sigue, no producen los esbatimentos el ancho que tienen de vuelo los cuerpos que los causan. Con mucha mas razon ignoran, por la falta de reglas, como se han de trazar las sombras cuando hay que tomar la luz por necesidad en otros grados de inclinacion con relacion á los objetos y á los planos de proyeccion.

Otra observacion con que llamo la atencion de



Vds. es (y esta recae sobre el defecto de no quebrantar la regla), ¿por qué las obras que se hacen en las artes sujetas á la ciencia del diseño, se han de suponer siempre alumbradas de izquierda á derecha del espectador y no de otro modo? cuando esta regla trae consigo una porcion de inconvenientes y errores de los cuales haré algunas indicaciones. Cuando se colocan estampas ó cuadros en habitaciones ó salones de establecimientos, se ofrece la dificultad al encargado de ponerlos, que si bien para un testero de la pieza encuentra cuadros que tengan representada la luz del mismo lado que la que entra por las ventanas, para el opuesto no halla cuadro ninguno que le venga bien. Suelen quejarse los pintores cuando tienen que trabajar al temple en habitaciones, de que la luz de las piezas es mala, porque no corresponde con el lado y direccion con que las reglas previenen que se debe alumbrar lo que se pinta. Pero lo que mas repugnante se hace, y que no puedo mirar sin impaciencia, es el uso de esta regla, que mas bien debiera llamarse rutina, en los revocos de las casas, en Madrid en particular, en las fachadas que están de frente á poniente, que no pudiéndolas alumbrar el sol sino de derecha á izquierda del espectador, están pintadas tomando la luz de izquierda á derecha. Para que Vds. se satisfagan y lo observen por sí, tómense la molestia de subir á la calle de Hortaleza, y á la mano derecha verán una casa que se revocó el verano pasado, que tiene sobre la puerta un balcon con cornisa y repisa de relieve, mientras los demas de la casa las tienen pintadas; la fachada la alumbraba el sol algunas horas, desde el mediodia en adelante, y como la casa está de frente á poniente, los rayos de luz la bañan de derecha á izquierda, y los esbatimientos que hacen la repisa y guardapolvo están en la misma direccion. Las cornisas y demas partes que están imitadas por medio de la pintura, suponen tener relieve y hacen sus esbatimientos en direccion contraria; por no quebrantar, pues, la regla, han supuesto que el sol baña de luz la fachada estando por la parte del Norte, sitio donde el sol no se ha presentado nunca á nuestra vista ni se presentará jamás; y no sé como mientras lo pintaban no les hacia impresion, el

ver que todos los dias el sol les estaba señalando la direccion y forma de los esbatimientos que debian trazar; sin duda puede mas para con esta clase de artistas los preceptos de un maestro, que lo que les muestra la naturaleza.

Otros muchos errores trae la práctica seguida de tomar la luz siempre del modo dicho; pero no quiero molestar á Vds. con la continuacion de otros varios ejemplos que pudiera citarles, persuadido de que estarán tan convencidos como yo de las malas consecuencias de seguir tan ciegamente esta rutina. Concluyo este artículo suplicando á Vds. nos digan con su acostumbrado juicio algunas de las reglas que se siguen en las bellas artes, su uso, y en qué casos pueden ser útiles ó perjudiciales; advirtiéndome que así en este comunicado, que es el primero que remito á Vds., como en los que en lo sucesivo tenga ocasion de remitirles, pondré ademas de las dos iniciales de mi nombre y apellido, una X, para evitar que el público lo equivoque con las de algun otro artista. Queda de Vds. atento servidor Q. S. M. B. = M. R. X.

## El Caballero de Olmedo.

.....  
 " Y catad si vos atiende  
 " Si me causareis pavor."  
*Romancero general.*

### I.

Abandonando la plaza

A la mitad del torneo,

Revolviendo en su cabeza

Los mas terribles proyectos,

Contra el sexto D. Alfonso,

Conquistador de Toledo,

Porque á sus muchas hazañas

No dió el merecido premio;

En su gaban rebozado,

Y pensativo en extremo,

Inclinada la cabeza

Sobre el angustiado pecho,

Que las plumas del almete



Casi tocan con el suelo,  
Dejando el negro corcel  
Atado al pie de un almendro,  
Don Ramiro de Bazan,  
Noble hijo-dalgo de Olmedo,  
A grandes pasos marchaba  
Por la ribera del Tejo,  
En la vega tan famosa  
De Toledo.—

## II.

El agua espumosa bate  
Con misterioso murmullo,  
Los cóncavos pedernales  
Del pie de un antiguo muro,  
Que eleva su arada frente  
Sobre el elemento húmedo,  
En el cual se reproduce  
Venerable al par que mustio.  
Sirve este de parapeto  
A un castillejo moruno;  
Su torreón ceniciento  
Domina, ufano y robusto:  
El ave nocturna tiene  
En él asiento seguro,  
Y su graznido en la noche  
Vaga en derredor confuso.  
Llegó á él el caballero,  
A mirarlo se detuvo;  
Y al levantar la cabeza,  
Un suspiro muy agudo  
Salió, de entre las almenas  
De aquel muro.—

## III.

Al oírlo el de Bazan  
Don Ramiro el caballero,  
Sacudió el rojo gaban,  
Y con gallardo ademan,  
Sacó el reluciente acero  
De Toledo.—  
—Seas quien fueres la encerrada,  
Bien culpada, ó inocente,  
Presto serás libertada,  
Dijo, por la cruz dorada  
De este peto reluciente,  
El de Olmedo.

Ahora si me he de vengar,  
Y mostraré mi furor,  
Que mi daga hará temblar  
A quien lo venga á estorbar,  
Y aun al rey conquistador  
De Toledo.—

## IV.

Y enderezando el almete,  
Enardecido el semblante,  
Con bravura,  
Del pomposo martinete  
Registró el aire, ondeante  
La blancura.  
Cuando cubierta de un velo,  
Se mostró, entre dos almenas,  
Una dama;  
Alzó las palmas al cielo,  
Y con señales no ajenas  
De quien ama,  
Lanzó un suspiro, mas fuerte,  
Mas ardiente que el primero,  
Y el guerrero,  
La dijo: —mi dama, al verte,  
Te creyera, me engañara,  
Y lo jurara.

¡Vive Dios! para vengarte  
Di quien eres, la que llora,  
Que cedo sabré librarte,  
Pues juro que al escucharte  
Te creyera mi señora,  
La de Olmedo.—

—Muy bien creiste, señor,  
Que fui de Olmedo traida;  
O eres mi libertador,  
Para guardarme el honor,  
O habré de perder la vida  
En Toledo.

Si eres, Ramiro, fiel  
A tu dama y tu valor,  
Pues tienes lanza y corcel,  
Véngame de ese doncel  
De Alfonso el conquistador  
De Toledo.—

## V.

Con los brazos estendidos,

\*\*\*



Sin alzar el albo manto,  
 Sobre el muro,  
 Parecía dar gemidos;  
 Y en esto empezó su canto,  
 Triste y duro,  
 El buho sobre su cabeza,  
 Batiendo la fuerte pluma  
 Pavoroso,  
 Y aterrada la belleza,  
 Copo de nevada espuma,  
 Cayó al foso.—  
 Al golpe que en la poterna  
 Del elevado castillo  
 Recibió,  
 Una voz débil, interna,  
 En la chapa del rastrillo  
 Retumbó.—

## VI.

Fuera de sí el caballero,  
 De enojo y dolor lloró;  
 Y en acento lastimero,  
 Alzando el robusto acero,  
 Vengarse, otra vez juró,  
 Del doncel.—  
 — Señora del alma mía,  
 Pues sois víctima de amor,  
 Cuanto amor en vos tenía,  
 Tornádmelo en valentía,  
 Aun contra el mismo señor  
 Del doncel.—  
 Y pues murió la ventura  
 Que la mi vida alegraba,  
 Torne la muerta hermosura  
 Al lugar, do la ternura  
 Del amor me la guardaba;  
 Torne á Olmedo.—  
 Que así los cielos me dén  
 Favor contra tal denuesto,  
 Como ha de tornar, también,  
 Sobre el mismo palafren  
 Del rey D. Alfonso el sexto,  
 De Toledo  
 Hacia Olmedo.—

## VII.

Con un doncel solamente,  
 D. Alfonso, á la sazón,

Pasaba por la vega,  
 Montado en su bridon.  
 Al llegar junto al castillo,  
 A Don Ramiro advirtió  
 Sentado al pie del muro,  
 Y alzándole la voz,  
 Le dijo, acortando el freno,  
 Alfonso el conquistador—  
 — ¿Qué se hace el palafren  
 Atado y sin señor?—  
 Y el de Bazan, muy airado,  
 Deste modo respondió—  
 — Dejad, Alfonso rey,  
 Descanse mi troton,  
 Que á su tiempo fatigado,  
 Volverá por el honor  
 De su ultrajado dueño,  
 Pues fuí ultrajado yo—  
 Y diciendo estas palabras,  
 Fuese al almendro, veloz,  
 Y al pie del mismo almendro,  
 Montó el negro troton—  
 Y aplicándole la espuela,  
 Al doncel arremetió,  
 Que iba con su rey,  
 El rey conquistador—  
 Le hirió de muerte Ramiro,  
 Dió el doncel contra el arzon;  
 Y levantando el hacha,  
 Al rey amenazó.—  
 — O fueras, Alfonso sexto,  
 Reconocido al favor  
 Que te hace quien te sirve,  
 Y sirve con honor,  
 O al menos, no protegieras  
 Con tu cetro, la prision  
 De dama que no es tuya,  
 Pues era el dueño yo—  
 Y echando mano á la brida  
 Del corcel de su señor,  
 Hizo montar á Alfonso  
 El que el doncel dijo:  
 — Ya podeis marchar, le dejó,—  
 El vasallo á su señor,  
 Al tiempo que en Toledo  
 Sonó el ronco atambor—



## VIII.

— Alfonso, ya la función

Acabó en Zocodover,

Y no tomeis á baldon

Entrar en un mal troton,

Que es noche, y no os han de ver

En Toledo.—

Al castillo, silencioso,

Entró, y al crugir la puerta,

Hiriendo el aire medroso,

Salió graznando, del foso

El buho que aterró á la muerta,

La de Olmedo.—

De allí su cuerpo sacó,

Rasgada la pura sien,

Que de lágrimas bañó;

Y yerta la dama entró,

Sobre el regio palafren,

En Olmedo.—

P. DE M.



## LITERATURA.

## Pamplona y Elizondo.

..... Il n'est rien que j'aie à fuir au monde  
Hors vous, -- et je vous suis, -- et la tombe est profonde.  
Victor Hugo. (*Marion Delorme*.)

## I.

La gente hervía en el glacis de la ciudadela de Pamplona y en los alrededores de la deliciosa *Taconera*, contemplando con admiración el porte marcial y la franca alegría de los soldados de una brigada que salía al encuentro de las bandas rebeldes. El sol brillaba con todo el esplendor de que es susceptible en una mañana de mayo, quebrándose en mil reflejos sobre el acero bruñido

de las armas, y derramando sobre toda la naturaleza ese vapor transparente y dorado que solo se vé en los climas meridionales. Las músicas militares, á que por momentos se unían los tambores y clarines, completaban el prestigio de este espectáculo.

Veíanse entre los curiosos personas de todas condiciones, sexos y edades, fisonomías animadas á la verdad de bien opuestos sentimientos. Brillaba en unas la alegría mas sincera; en otras se notaba una frialdad no disimulada, y en no pocas, especialmente en la gente vestida de negro y en el populacho, se divisaba á veces una sonrisa irónica, que un observador algo sagaz hubiera podido interpretar de este modo: "Bellos uniformes, ¡vive Dios! lucidas armas, que vendrían de molde.....: pero no hay cuidado, con algunas se quedarán, y puede que algun dia...."

Junto á la puerta de San Nicolás, en medio de un negro y tormentoso mar de apiñadas cabezas, descollaba, como un pequeño promontorio, un coche de asaz anticuada estructura, que contenía cinco personas (mas bien diríamos cuatro y media) cuyos trajes y modales revelaban una existencia, sino brillante, al menos algo mas que regular. Una señora como de 40 años, de facciones en extremo dulces y respirando mansedumbre, con un sombrero amarillo de tamaño algun tanto exagerado y de forma aplastada por el estilo de una inmensa visera, ocupaba el lado derecho del testero. En el otro estaba una jóven que no habria cumplido aun cuatro lustros, de facciones no menos dulces que su madre, aunque no de una exacta regularidad, vestida con mucho gusto, y elegantemente prendida en la cabeza una mantilla blanca. Al vidrio, en frente de ella, un jóven de 25 ó 26 años con unos bigotitos sumamente recortados y perfilados de cada lado de la nariz, á guisa de dos pinceles, el pelo rizado y el sombrero montado á caballo en la oreja derecha. El cuarto asiento, y aun algo mas de lo que en buena repartición le cabia, lo llenaba un caballero de alta estatura, vientre henchido, cabeza pequeña, calva y redonda como una manzana, carrillos abultados y cubiertos de un brillante barniz de color bermejo y recortados por el cuello duro y almidonado de la camisa, que, de cada lado, pasando con dificultad por debajo de las orejas, se lanzaba como dos murallas hasta los confines de la boca. Este buen señor, símbolo parlante de la buena vida, tenia entre sus piernas al quinto personage, que dijimos podria calificarse de medio, á saber, un niño de diez años, que de pié al lado de la portezuela se entretenia en hacer el ejercicio con el baston del respetable caballero, amenazando á cada paso sus ojos con la



la punta, é hincando con frecuencia los agudísimos codos en el vientre algo protuberante en que en todas sus evoluciones tropezaba, con visible desazon del buen señor.

-- Pasaron primero dos batallones de la Guardia; luego dos del ejército, la artillería, los bagajes, y finalmente alguna caballería y un batallón de infantería ligera.

-- Al llegar este último, el niño, que hasta entonces no había hecho otra cosa que hostilizar el vientre de su tío (que tal era) y tocar la trompeta en un cucurucho de papel, cuadrándose con una imponente seriedad siempre que pasaba algún gefe, exclamó, interrumpiendo de repente su música militar: ¡ay! mamá, allí viene D. Eduardo. Díme; ¿es cierto qué se va?

-- Sí, hijo mío, contestó la señora que ya conocemos: y en verdad que es una calaverada, porque aun no está completamente restablecido de su herida, y el día menos pensado va á tener que quedarse en un lugarcillo cualquiera, ó en una miserable borda (1). Pero estos muchachos tienen las cabezas como molinos de viento, tan pronto giran á un lado como á otro, tan pronto dicen sí como no....

-- ¡Pero ¿no te estarás quieto Perico?-- prorumpió con impaciencia el colosal caballero, á quien hacían sudar copiosamente las involuntarias hostilidades del muchacho....

La señora prosiguió: Aun no hace una semana que Eduardo me dijo positivamente que todavía permanecería en Pamplona por lo menos un mes, que es lo que, según el cirujano, necesita para curarse enteramente: pero al día siguiente supe que ya estaba haciendo preparativos de viaje. Yo no puedo adivinar cual haya sido la causa de tan repentina mudanza. -- La jóven se puso sumamente encendida. -- La madre continuó: me lisonjeo de que no podrá quejarse del trato que en nuestra casa ha recibido, porque, aunque hubiese sido hijo mío, es bien seguro que no hubiéramos hecho mas. Eso sí, el pobre jóven lo merece todo. ¿Te acuerdas, Isabel, del estado en que llegó, pálido, cubierto de sangre y sin fuerzas siquiera para hablar?

La jóven no contestó: bajó los ojos y un instante después los levantó hacia su vecino del vidrio, dirigiéndole una mirada que quería decir algo, pero cuyo sentido no era fácil adivinar.

Una compañía de cazadores pasaba en este momento. Mandábala un teniente de 23 ó 24 años. Sus facciones, sin ser de las mas regulares, te-

(1) En las montañas de Navarra llaman *bordas* á las chozas en que se recoje el ganado.

nian un no sé que de noble é interesante. La palidez de su rostro y su paso no del todo firme daban indicio de que acababa de salir de una larga enfermedad, cuyo carácter determinaba claramente su brazo izquierdo, envuelto en un pañuelo y sostenido por una venda. Estaba tan distraído que no reparaba en ninguno de los objetos que le rodeaban. Mil saludos le fueron dirigidos desde el gentío y á ninguno contestó. Por fin, al pasar delante del coche, hirió su oído una voz infantil que le llamaba. Alzó la vista y divisó al niño, que, después su marcial ferocidad, y dejando caer la trompeta, con los ojos llenos de lágrimas, alargaba sus manos hacia él, encargándole que volviese pronto. La madre le saludaba con el abanico, enternecida al parecer. Isabel le miró con una amarga sonrisa, y abrió los labios como para decir algo; pero el jóven de los bigotes perfilados llamó su atención, hablándole en voz baja y, según pudo juzgarse por su fisonomía, dirigiéndole alguna queja. El rostro pálido del oficial se cubrió de fuego de repente, como con una erupción volcánica. Quiso hablar, pero la voz no salió de sus labios; y arrastrado en el movimiento general de la columna, como la hoja de un árbol en medio de la corriente de un río, una muralla de bayonetas y morriones le encubrió á breve rato el misterioso carruaje.

El niño lloraba, diciendo que ya no tenía quien le enseñase el ejercicio, y le hiziese sables con papel plateado. La madre dijo que rezaría por la feliz vuelta del interesante, aunque atolondrado muchacho. Los dos jóvenes se hablaban en voz baja. El filisteo se lisonjeó de que con la salida de esta columna podría venir carbon á Pamplona, y bajaría de este modo su precio, que á la sazón era exorbitante.

Un cuarto de hora después, una nube de polvo, que á lo lejos se desprendía del camino como niebla, era lo único que se veía de la columna.

## II.

El sol se escondía detrás de un enorme peñasco de la sierra de Aralar.

En un valle encajonado por dos altas montañas se divisaba un numeroso cuerpo de gente armada con artillería y muchos bagajes, descansando con orden mientras una nube de tiradores se adelantaba á explorar un bosque que se hallaba en la falda de uno de los dos montes. Retumbaban en tanto algunos tiros, y entre los árboles ya cubiertos de sombra brillaban los fogonazos como exhalaciones fosfóricas.

Media hora después cesó el fuego, y la colum-



na se puso en movimiento. Un grupo considerable de gente armada se apareció al mismo tiempo en la cresta de la montaña, recortándose, como un monton de puntos negros, sobre el reflejo moribundo del sol; y despues de haber hecho una descarga á las tropas de la Reina, que salian del bosque, se hundió del lado opuesto.

Entretanto una compañía de cazadores, que desde el principio habia sido destacada para flanquear la posicion que se suponía ocupada por los rebeldes, seguía el fondo de un barranco bastante retirado del punto á que debía concurrir. Las cornetas de la columna repetían sin cesar el toque de llamada y retirada, y varios ordenanzas recorrian el monte en todos sentidos en busca de esta compañía, que hundida entre mil peñones, como en una tumba, no podia oír las señales, ni descubrir á los que buscaban sus huellas, y que, engañada por la luz dudosa del crepúsculo, se iba alejando cada vez mas de la verdadera direccion.

El oficial que la mandaba se hallaba ya tan exhausto de fuerzas, que tenia que apoyarse en uno de sus soldados para subir la fatigosa cuesta que se hallaba á su frente. Al ver la palidez de su rostro, la lánguida y casi moribunda expresion de su fisonomía, fácil era reconocer al teniente Eduardo M..., que ya hemos visto á su salida de Pamplona tres dias ántes.

La noche cerraba por momentos, y con ella crecía el ansia del pobre jóven que se hallaba completamente desorientado. En vano hizo tocar varias veces su corneta: el eco solo le contestó con su voz prolongada y de mal agüero. Finalmente, llegado á una pequeña plataforma rodeada de encinas, mandó hacer alto á su gente con el fin de recobrar un poco de aliento, porque ya ni fuerzas le quedaban para tenerse en pié, y al mismo tiempo envió descubridores en distintas direcciones, para reconocer el terreno y ver si encontraban camino ó senda que los condujese á algun punto habitado, en que adquirir noticias.

Media hora hacia ya que descansaban, y habian vuelto casi todos los descubridores con nuevas poco consoladoras, cuando sonó á corta distancia en el monte un tiro, al cual siguieron otros tres ó cuatro. Eduardo hizo tomar las armas á su gente, y como si la idea del peligro hubiese disipado sus males y derramado en su pecho nueva vida, mandando á sus soldados que permaneciesen en silencio, se adelantó solo hácia el paraje en que se habia oído la señal de alarma. Pocos pasos habia andado, cuando sonaron bastantes tiros á su espalda y oyó muy cerca el relincho y los pasos de un caballo y una voz que decía: "No tireis, amigos, que soy del 5.º ligeros, y vengo en busca vuestra."

--¡Bendita mil veces la Providencia! exclamó Eduardo al oír esta voz que le pareció venida del cielo: y ansioso de ver cuanto ántes al que llegaba tan á punto para sacarle de las asperezas en que se habia extraviado, quiso avivar el paso; pero sus piernas mal seguras se enredaron en una rama, y cayó sobre las piedras con tal violencia que perdió el sentido.

Cuando le hubo recobrado, sintió empapado y en extremo dolorido su brazo izquierdo, y mirando á la luz de la luna, que ya brillaba con todo su esplendor en el horizonte, vió que la humedad era de sangre: su herida se habia vuelto á abrir al golpe que dió en una peña. No podia saber cuanto tiempo habia durado su desmayo; pero el curso de la luna, que apenas asomaba en la cresta del monte cuando él dió su caída, y que á la sazón se hallaba á cierta altura, le indicaba que habia durado bastante tiempo. Un silencio profundo reinaba en derredor de él. Levantóse penosamente, y parándose á cada paso para respirar, y apoyándose en los árboles, llegó por fin á la plataforma en que habia descansado con su tropa: pero estaba desierta. Llamó por sus nombres á varios de sus soldados y sargentos: nadie le respondió....

Imposible seria dar una idea del abatimiento en que cayó el pobre jóven, al verse solo, estropeado en medio de la montaña, en una de las situaciones mas horribles que puede concebir la imaginacion humana. No obstante, empezó á andar hácia donde se le figuró que se habrian retirado sus soldados: pero al cabo de media hora, desesperanzado de encontrar sus huellas, y ya enteramente falto de aliento, se dejó caer como muerto sobre un peñasco.

La naturaleza estaba tranquila, el cielo despejado, la luna con todo su esplendor. Cuanto le rodeaba era gigantesco. A sus pies se despeñaba un torrente, escupiendo hasta donde él estaba una espuma densa y ligera como niebla: el fragor del agua que azotaba los peñascos era lo único que daba alguna vida, algun movimiento á aquel paisaje. Del otro lado del torrente, se veía un pequeño monte despejado de árboles y cubierto de esa yerba resbaladiza como hielo, que suele hallarse en la cumbre de las altas montañas de Navarra. Detras de este monte, un enorme peñon alzando sobre todos los cerros vecinos su frente quebrantada y renegrida, como el gigante de la montaña. A la derecha formaba esta un ancho boquete, por el cual se descubria un valle, que aparecia vaporoso como una inmensa laguna, y en el cual buscaba en vano la vista un objeto en que detenerse.

Al principio cayó Eduardo abrumado, como si se hubiese desplomado sobre él un monte entero.



Nada veía, nada oía, todo era sombras, silencio, caos.... La fatiga de sus miembros, la opresión de su pecho y el horror de su situación formaban en él un conjunto en extremo penoso, pero vago é indeterminado: padecía cruelmente y no sabía de qué. Pero al cabo de un rato, el frío de la noche, la humedad que del torrente se exhalaba y el agudísimo dolor de su brazo le sacaron del letargo, y le llamaron de nuevo á la vida.

Entonces pensó seriamente en la situación horrible en que se hallaba, solo, sin fuerzas para dar un paso, perdido en medio de las montañas que en todo tiempo fueron la guarida de rebeldes y facinerosos.... Y por un movimiento natural volvió interiormente la vista hácia el tiempo pasado, hácia la semana última ¡Qué diferente situación!-- Veíase en una sala adornada con elegancia, blandamente reclinado en un comodísimo sillón, clavados los ojos en una jóven que él contemplaba como á una aparición celestial, y escuchando las melancólicas modulaciones del *último pensamiento* de Weber, con el recogimiento con que nuestros mayores debieron oír la palabra de Dios, tremenda al par que melodiosa, en medio del estallido del trueno y el retemblar del firmamento. ¡Ah! Cuantas veces, al escuchar este vals, aun cuando ninguna nube empañaba el bello horizonte de su porvenir, se hincharon de lágrimas los ojos de Eduardo y sintió en su pecho una opresión vaga, dolorosa, de aquellas que no se pueden explicar porque todo en ellas es misterio, y que no es posible concebir á no haberlas experimentado personalmente!!!

¡Prodigioso poder, el del músico!!!

El pintor observa los objetos que contiene la naturaleza, los combina en grupos mas ó menos complicados, varía á veces sus formas y sus colores, dándoles las de otros objetos, pero siempre copia: sus creaciones, ininteligibles para los hombres vulgares, no son sino la pintura fiel de un tipo que existe ó ha existido, una imitación de cosas que han visto sus ojos ó que su imaginación le representa con todos sus colores.

El poeta es un pintor. Al dibujante pertenecen el exterior, las formas materiales, las propiedades visibles de los objetos, las impresiones que en nuestro físico estampan las pasiones, el prestigio de la luz y del colorido. El poeta se apodera del interior, penetra los misterios, lee en el alma, pinta lo invisible, da formas á lo que no las tiene, presenta al hombre desnudo de la corteza exterior y aprecia justamente sus acciones, no por los resultados, sino por la intención que presidió en ellas; en una palabra, analiza y pinta las causas cuyos efectos materiales copia el pintor. Para esto observa continuamente el corazón hu-

mano, se observa á sí mismo: esta es la ocupación que llena su existencia. Estudia y copia.

El músico ¿de donde saca sus inspiraciones? Este sí que es un misterio impenetrable para los infinitos á quienes no ha concedido el cielo el inestimable don de la música. El pintor ve cuadros hechos en la naturaleza: el poeta los halla igualmente en ella y en el corazón humano: el músico oye en los aires esas celestiales melodías, que traslada luego á una forma perceptible á nuestros sentidos y que tan profunda impresión hacen en ellos, obrando de un modo misterioso é invisible, como una esencia mágica que se filtra insensiblemente en nuestras venas. Así sucede que cuando nos sorprende la música en una situación moral algo exaltada, su impresión es sumamente duradera y tal vez eterna. ¿Quién hay, por ejemplo, dotado de un alma sensible, de una imaginación algo ardiente, que al oír cierta ária ó cierta contradanza, no recuerde con emoción el día en que por última vez la oyó cantar, ó bailó con aquel ser que es una necesidad de nuestra existencia, y que nuestra imaginación se complace en rodear de cuantas perfecciones es susceptible la naturaleza humana....? La música, en ciertos casos, es un libro de historia. Una ária, un vals abren á una imaginación juvenil mil páginas en que lee épocas enteras.

El *último pensamiento* de Weber (1), fué siempre el trozo predilecto de Eduardo, porque su alma naturalmente melancólica hallaba en él un lenguaje enteramente simpático y que hería profundamente su sensibilidad.

### III.

Herido en un brazo Eduardo en un encuentro con los rebeldes, le alojaron en Pamplona en casa de Doña Mencía de R.\*\*\*, viuda de un rico propietario, señora en extremo bondadosa, que vivía con su hija Isabel y con el niño que ya conocen nuestros lectores. Dos meses y medio permaneció Eduardo en esta casa; y el esmerado trato y las demostraciones de cariño que le prodigaron la señora y sus hijos, acabaron por identificarle de tal modo con la familia, que amaba á la primera como á una madre, y como á hermanos al niño y á Isabel; si bien, á decir verdad, esta última ocu-

(1) Se asegura que este vals es de Reissiger y no de Weber; pero lo que es indudable es que este último gustaba en extremo de él, y que lo escribió una noche pocas horas antes de morir. ¡No parece sino que ya veía á los seres de este mundo como sombras, y abierto á sus pies el insondable abismo de la eternidad!!



paba en su corazón un lugar algo distinto del que á una hermana está reservado. -- ¿Y cómo pudiera ser de otro modo?

De los horrores del campo de batalla, de la aspereza de los montes y la miseria de las chozas, se habia visto el pobre jóven transportado, como por encanto, á una habitacion deliciosa en que todos los objetos halagaban su vista, y cuya atmósfera templada y saludable brindaba al descanso. El duro trato de la gente de guerra, sin piedad ni consideraciones, se habia trocado en una dulzura, en una mansedumbre de que casi habia perdido ya Eduardo la memoria. Las conversaciones soezas de los soldados, empedradas de juramentos, blasfemias y maldiciones, se habian cambiado en dulcísimos coloquios con unos seres, cuyo principal y casi único anhelo parecia ser el de procurar algun alivio á sus dolores. En los momentos mas penosos, cuando las esquiras de su brazo se rozaban, cuando la fiebre enardecia su sangre y reseca sus labios, sus amables patronas, sentadas al lado de su lecho, procuraban distraerle con su conversacion, prodigándole cuantos consuelos se hallan al alcance de una mujer en estos casos. ¡Y son tantos!!.... Así es que su voz, y en particular la de la jóven, aun en los momentos en que los dolores ó el delirio no le dejaban entender lo que decian, resonaba en los oidos de Eduardo como una música celestial, preságio de celestiales bienes, que le ligaba á este mundo y le detenia, aun cuando el alma parecia quererse desprender de sus entrañas.

Luego que su herida le permitió levantarse y salir, empezó á acompañar á paseo y á casi todas partes á Doña Mencía y á su hija. Las noches las pasaba igualmente en su compañía, ya leyendo en alta voz mientras ellas se dedicaban á sus labores, ya escuchando embelesado junto al piano los trozos de música que con esquisito gusto tocaba Isabel, y bebiendo insensiblemente y con un placer vago é indefinible el veneno que al fin habia de desterrar para siempre de su existencia la paz y la alegría. Eduardo jamás habia hablado de amor á Isabel, ni él mismo, en verdad, habia tratado aun de analizar las sensaciones que experimentaba. Hallaba un encanto extraordinario en la compañía de la amable jóven, la cual por su parte no mostraba empeño ninguno en huir de él; pero la inquietud interior que sentia, no tenia aun causa ni objeto aparente. La nube está preñada de electricidad, pero se ignora su existencia, hasta que algun choque la revela, ocasionando la explosion.

Don Anton R\*\*\*, el colosal hermano de Doña Mencía, acostumbraba á los principios ir á casa de ésta dos dias por semana, acompañándole algunas veces el jóven que vimos en el coche en las

primeras páginas de esta historia, que era sobrino de su mujer. Pero de repente empezaron á menudear las visitas de estos dos personajes y en especial las del último, que á poco tiempo acabó por pasar los dias enteros en esta casa, en donde comía y aun con frecuencia cenaba. Estas visitas causaban una desazon cruel á Eduardo, que apenas tenía ya ocasion de ver sola á Isabel, á cuyo lado se fijaba Don Diego desde que llegaba por la mañana, hasta la hora de retirarse por la noche. Estas contrariedades hizieron por fin reventar la mina, y nuestro jóven conoció, aunque demasiado tarde, que el mal que le roia las entrañas no era otra cosa que unos zelos infernales, hijos del amor frenético que le consumía.

Resuelto, pues, á declarar abiertamente su pasion, una noche, despues que se hubieron retirado D. Anton y su sobrino político, se acercó Eduardo á Isabel, pálido y trémulo como el reo á quien van á leer su sentencia de muerte, y despues de algunos preámbulos, dijo que deseaba hablarle en secreto algunos instantes. Ella le contestó, sonriéndose (y al mismo tiempo se puso encendida como la grana), que lo haria con tanto mayor gusto, cuanto tambien tenía ella que confiarle alguna cosa, como á un buen amigo, de cuya discrecion y honradez estaba segura.

Para un amante, una palabra, una mirada dicen tanto como el discurso mas prolijo, sobre todo si puede interpretarlas favorablemente. Considérese, pues, el efecto que producirian en el ardiente jóven las que acabamos de oir. Inundáronse sus ojos de lágrimas de alegría, y asiendo tiernamente una de las manos de Isabel, la conjuró que no dilatase un instante mas el confiarle su secreto.

Ella entónces, bajando los ojos y entreteniendo maquinalmente en arrugar con una mano la punta de su delantal, le dijo que, sabiendo lo mucho que él se interesaba en su suerte, creia deber participarle una gran novedad..... el enlace que, dentro de dos semanas, debia verificarse entre ella y su primo político Don Diego de N...., jóven de bellas prendas y que la amaba entrañablemente.

Un rayo no hubiera obrado con mas violencia sobre Eduardo. Sus ojos húmedos de lágrimas se secaron de repente, clavándose en el suelo con la expresion de un hombre que medita algun plan siniestro: su frente se plegó en mil arrugas, y brotó sangre de su lábio inferior, que él mismo se mordió maquinalmente; sus dedos se comprimieron convulsivamente, arrancando un pedazo de cortina que tenia en la mano.

Isabel alarmada de tan repentina mudanza, le preguntó qué tenia, pero él sin contestar se re-



tiró á su aposento, cerrando estrepitosamente la puerta.

A la mañana siguiente le vieron salir de casa muy temprano, y no volvió hasta la noche. Sus facciones desencajadas revelaban las tormentas que agitaban su espíritu.

Seis dias despues, sus patronas le veian salir de Pamplona con una columna.

(Se concluirá.)



En un periódico de esta capital hemos visto una nueva diatriba contra el teatro llamado romántico, diatriba que no trataremos de impugnar, como lo hizimos con algunas partes de otro artículo en nuestro número de 28 del pasado, por que no hallamos en ella razones que rebatir; y sobre todo porque su autor y nosotros partimos de puntos tan distantes, que es imposible que nos encontremos ni convengamos en ninguno. ¿Qué hemos de decir, por ejemplo, á quien cree que Ducange es el gefe del moderno teatro francés, al que toma las piezas de Scribe por tipo del drama romántico? Nada; sino que el *Caton Cristiano* es un libro sumamente moral y provechoso para los niños, y que este Carnaval ha habido máscaras, y que dentro de tres meses picará el sol á las doce de la mañana. De todo le hablaremos y en todo conveniremos, mientras no se trate de literatura.

Por fin llegó el término fatal, temido de algunos, por otros deseado y necesario á casi todos; pero se puede asegurar que el delirio ha sido completo, y aun, que ha durado algo mas de lo que las conciencias timoratas pudieran tolerar sin alarmarse. En efecto, en el último baile de Sta. Catalina hemos visto irse aclarando progresivamente todas las ventanas, y derramarse por fin en los salones una luz vaporosa y azulada, que, luchando durante algunos minutos con los reflejos dorados de las bugías, formaba un conjunto realmente original y misterioso, si bien de un efecto lúgubre, ya fuese por los pálidos semblantes que descubria, ya porque no era posible olvidar que aquel era el sol de la Cuaresma. Sea como quiera, al paso que á las diez de la mañana cruzaban las calles mil caras de azufre, desencajadas y ojerosas, á quienes

evidentemente ofendia la luz del sol, otras gentes mas descansadas y no menos alegres, se disponian á enterrar la sardina en las deliciosas orillas del canal, al son de las castañuelas y el pandero. Y ya que hemos bajado á las castañuelas, fuerza será que digamos algo del baile de la Plaza de Toros.

Digna de todo elogio nos parece la idea de procurar diversiones al pueblo; pero al mismo tiempo no podemos menos de criticar la eleccion de los bailes que tocaron las músicas, pues ninguna aficion tiene, ni puede tener á la exótica mazowrka la gente á quien estaba destinada esta funcion. Así es que en cuanto llegó el turno de la jota aragonesa, empezaron el movimiento y la alegría, los codazos y los pisotones, para lograr puesto en alguno de los muchos círculos que en un instante se formaron, en donde poco ántes reinaba una tranquilidad nada propia de semejantes circunstancias. Y en verdad, que vemos con sumo dolor que se vayan desterrando nuestros bailes nacionales, esos bailes tan llenos de fuego y de voluptuosidad, hijos legítimos de nuestro cielo ardiente, y de nuestra sangre meridional. ¿Y qué quiere introducirse en su lugar? ¡El rigodon! ese baile de autómatas, en que todos los movimientos son graves como la marcha de un entierro, serios y ceremoniosos como las prácticas de un tribunal. ¡La mazowrka! que aquí se baila enteramente de fé, como un francés, de hace diez años, se vestia con una casaquilla rabricorta, persuadido de que este era el traje legítimo de un majo andaluz; y finalmente, el *galop*, que hemos despojado de la violencia que era su único mérito, para reducirle á las mezquinas proporciones y compas de una contradanza. -- Tambien de cuando en cuando nos dan en el teatro bailetes al estilo de Paris, si bien, tienen únicamente por resultado poner en ridículo á los que los bailan, al que los compone y dirige, y casi mas todavia á los que los toleran. Vengan bailarinas que sean un remedo siquiera de la Taglioni, la Julia ó las Noblet, y aplaudiremos con entusiasmo al ver introducido en nuestro pais un género, en él desconocido, y lleno ciertamente de mérito y de encantos. Pero no saquemos las cosas de su quicio, ni pidamos á nuestros majos bailes llenos de suavidad, de gracia y de simetría, del mismo modo que no daremos á nuestro excelente actor Cubas, el papel que con tan general aceptacion desempeña la signora Manzocchi en Anna Bolena.

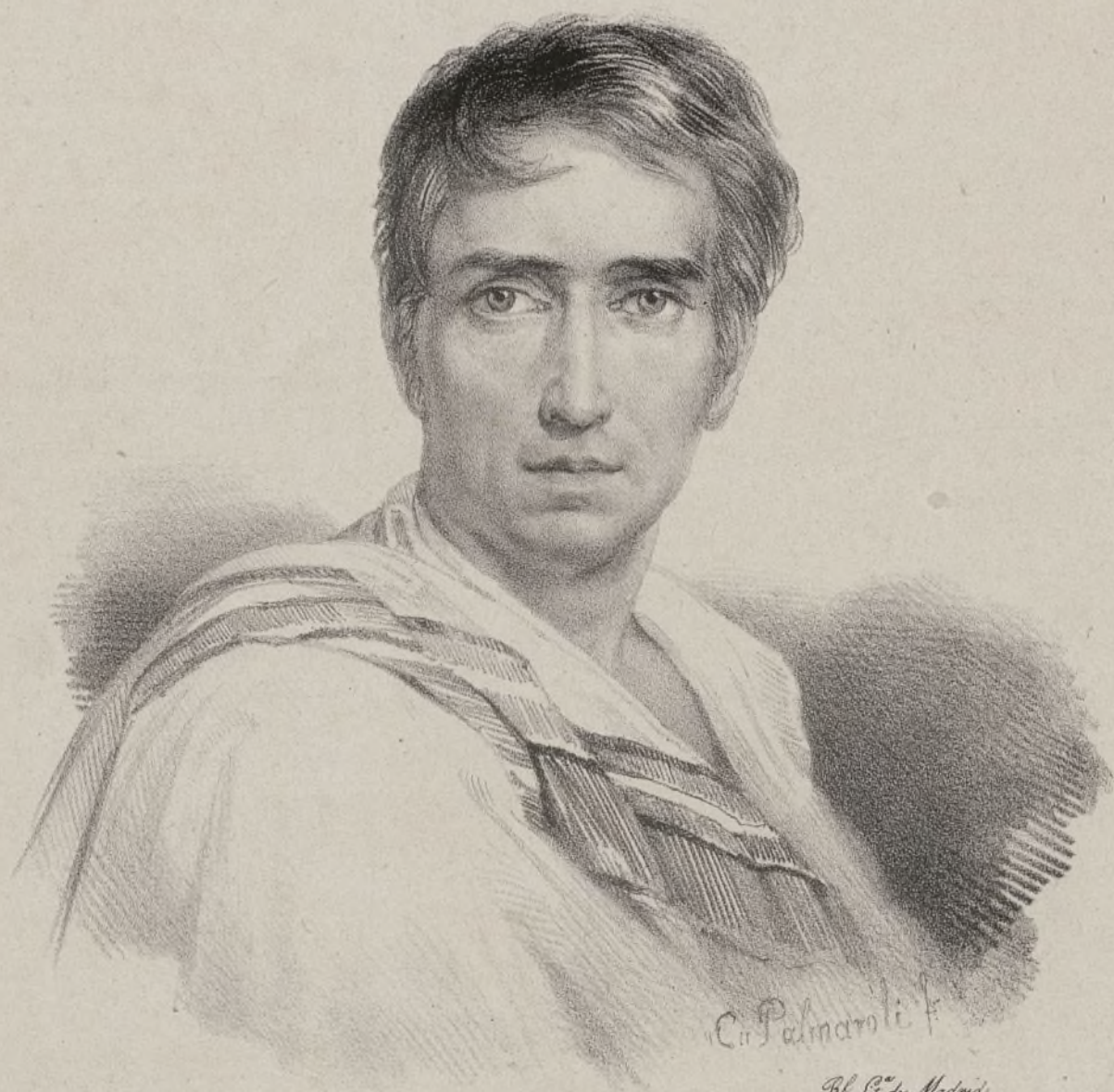
ESTAMPAS: El Caballero de Olmedo. Un Trovador:

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



EL ARTISTA.



*Edo. Ribera lo pintó.*

*Al. Lit. de Madrid.*

D. JOSE ALVAREZ.







EL ARTISTA.



*Pl. Sag. de Madrid*

*"Alzate, oh Grecia! Tu perdida gloria  
reconquista en los campos de batalla."*



